



ELOGIO FUNEBRE

**del doctor José E. Ricaurte ante el cadáver de
Monseñor Carrasquilla en la Basílica Primada**

Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur
in regno coelorum. (El que practique y enseñe,
ese será llamado grande en el reino de los cielos).

Palabras de N. S. J. en el evangelio de San
Mateo.

Excelentísimo señor Presidente—Ilustrísimo señor:

Maestro. No hay título más sublime que el que la Sabiduría eterna quiso para sí cuando pasó por este mundo. Maestro, formador de almas, luz de Inteligencias, modelador de espíritus, guía de las generaciones que empiezan,

Hoy el Maestro dobló la cabeza cansada de pensar, abrumada por el inmenso saber; cesó de latir ese corazón que tanto supo amar, en el que encontraron eco todas las emociones bellas de sus alumnos, a quienes no sólo iluminaba con la portentosa lumbre de su mente, sino que animaba con el amor de su alma.

No vengo a repetir algo de lo mucho que en su alabanza dijeron ya los elocuentes; ni a cumplir una fórmula. Vengo a decir en este lugar santo, templo de Dios, lugar de oración y de altos pensamientos, desde esta altísima cátedra destinada exclusivamente al servicio y alabanza de Dios, que la Iglesia también reconoce lo que fue y que también agradece al siervo bueno y fiel. Jesucristo prometió centuplicada recompensa al que todo lo abandonara por él. Esa la está recibiendo; pero como la Iglesia de la tierra es eco, resonancia de la del cielo, por eso aquí los Papas y los prelados tuvieron

para él palabra de alabanza; por eso fue él el objeto primero del amor de todo corazón sacerdotal, y es esa la razón para que hoy, mientras es recibida su bendita alma en las regiones de la paz eterna, entre la alabanza de los santos a quienes veneró, imitó y alabó y que esperamos que son sus compañeros de gozo, resuene aquí también en este templo su nombre venerando. Entra hoy a la luz eterna esa mente que fue en la tierra luz clarísima de las generaciones presentes.

Espectáculo siempre nuevo y siempre grande es la muerte y más la muerte de los grandes, hoy acrecentado por venir con su implacable crueldad a romper los vínculos más estrechos y fuertes, y los más suaves que existen que son los del cariño, pues somos incontables los que lloramos la ausencia del muy amado; por romper para siempre los vínculos entre el que manda y el que obedece, que él supo endulzar y reforzar con el ascendiente de su sabiduría genial, de su distinción de caballero y de su amor de padre.

La memoria de los beneficios recibidos, el brillo todavía vivo de su enseñanza clara y ardiente como el sol, hacen que por todos los ámbitos de Colombia se haya sentido un suspiro de tristeza, y que los ojos hayan brillado con la humedad con que los embellece la gratitud.

Somos hechos a imagen y semejanza de Dios; en el alma humana estampó el Eterno una semejanza suya; pero él se complace en dar más a unas almas que a otras, como en los seres materiales vemos una casi infinita variedad, desde el astro gigantesco, esfera de luz, que gravita trayendo a su rededor todo un sistema planetario, hasta la infeliz oruga que ni siquiera comprende su propia vileza; así en el mundo de los espíritus vemos almas en quienes más resplandece la obra divina: en unos da el talento que enciende en sus mentes un faro para nuestra ignorancia que nos muestra lo que no somos

capaces de ver solos; a otros da la abnegación que los hace héroes, a otros da el amor que los hace santos. Hemos conocido, y entre nosotros vivió y hoy nos abandona el que reunió en sí todo eso y el que fue como un trasunto de la soberana grandeza.

Dios recompensa sus virtudes, nosotros mientras tanto meditemos un momento en el maestro y en el sacerdote.

I

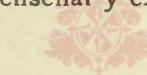
Jesucristo el Hijo Eterno de Dios, que nace del entendimiento del Padre y es su Sabiduría, no sólo es nuestro redentor, sino la luz indeficiente que ilumina a todo hombre, vino a enseñar, a dar testimonio de la verdad, es decir, a ser maestro.

Misión es esta la más bella y sublime que él legó a sus apóstoles cuando les dijo: «Como me envió mi Padre, así yo os envío. Id, pues, y enseñad». Desde entonces es el sacerdote maestro, desde entonces el maestro tiene una misión en cierto modo divina.

Entre las dotes que Dios le dio y que lo hicieron maestro perfecto sobresalía la claridad. Su lenguaje elegante y discreto era el manto de púrpura con que se vestía el pensamiento sin perder la majestad de su andar.

Al oír a algunas buenos oradores se siente uno impulsado a exclamar: muy bien; al oír a Monseñor Carrasquilla todo el mundo pensaba: tiene razón, eso es así evidentemente. Esta es la perfección de la oratoria. Sus palabras modelaron la sociedad de tal modo que aun a través de los años se oye repetir sus enseñanzas grabadas para siempre en la memoria, en el corazón y en la conducta de muchos, conservadas con cuidado como chispas de luz y semillas del bien.

Puesto ya de rector, es decir, colocada la luz sobre el candelero, no se contentó con enseñar y extendió mucho más su acción.



Cuando cesó el estruendo de armas en 1819 no estaba la república para dedicarse al «suave ocio» del pensar, y tan mal anduvo la filosofía en el siglo pasado que Bentham fue el maestro y las reglas arbitrarias del filósofo inglés sobre el balance entre el placer y el dolor, y la aritmética moral fueron un código filosófico aquí. Se le unió Dultut Tracy con la escuela de la sensación; y en el mismo Colegio del Rosario se llegó a identificar ésta con la razón. Vino luégo el positivismo de Comte, que por curioso sarcasmo tuvo por expositor a un espiritista. Naufragó la filosofía en un mar de errores, transitorios como la moda, que esa suele ser una de sus características.

En ese estado encontró la cultura nacional nuestro Mercier y luchó no con la dialéctica de la colonia sino mostrando a la filosofía escolástica envuelta en frase moderna y armada para entrar en la lucha con los modernos errores. La filosofía es un palacio, la terminología de la dialéctica medioeval es el andamio con que se construye. El nos la mostró sencilla y fácil y amena a través de la diáfana claridad de su exposición, y renació la filosofía y el Colegio del Rosario se hizo baluarte de saber y una legión de sabios que vosotros conocéis comenzó a salir de sus claustros.

En el púlpito era admirable fascinador; en la cátedra era inmensamente superior.

El Colegio del Rosario fue su ideal; él como nadie celebraba sus glorias y así como lo engrandeció en vida así lo ilustra en muerte y hoy es una de sus glorias con fray Cristóbal de Torres, con Caldas y Caycedo, con Girardot y los Mosqueras.

Muchas corporaciones y órdenes honoríficas lo contaron entre sus miembros, pero esas recibieron con su nombre más honor que el que quisieron darle.

Quisiera hablaros del poeta, del escritor, del pedagogo;

pero no es posible decir todas sus grandezas. Quisiera hablaros del santo, pero eso no me toca a mí, eso lo oiremos de los labios de Cristo cuando en el juicio final le diga como esperamos: «Los que enseñaron a muchos la justicia brillarán como estrellas en perpetuas eternidades» y le señale su puesto con los confesores y los doctores.

II

Corría el año de 1883—tiempos difíciles y duros para la Iglesia.—El 8 de septiembre el Ilustrísimo señor Carlos Bermúdez, obispo de Popayán, ennoblecido ya por la persecución y el martirio, impuso las manos y elevó de entre el común de los fieles a la dignidad de heraldo de Cristo y sacerdote eterno a un joven que antes de ingresar al seminario ya había admirado con obras como la biografía de Pío IX y un estudio sobre Núñez de Arce, hechos antes de sus 20 años, escritor que a pesar de su extremada juventud se codeaba con los mejores estilistas y pensadores y que antes de vestir la sotana había escrito el maravilloso comentario al salmo miserere.

Ungido con el óleo santo y consagrado para siempre sacerdote ¡grande divinidad! Pero el sacerdocio de Cristo se consumó mediante su propio sacrificio y el sacerdote que le sigue tiene que inmolarse juntamente con la Víctima Sagrada, al renunciar a lo que la vida ofrece, al recibir como él la cruz, la persecución y la calumnia y abrazarse a la abnegación, a todas las penas, decepciones y tristezas para poder así consolar, compadecer y perdonar.

Oficio y cargo tremendo el del sacerdote que tiene sobre sí las miradas de los malos, de los buenos, de los ángeles y de Dios que le exige estrecha cuenta de sus poderes sobrenaturales! Su dignidad lo obliga a una santidad sobrehumana y si no es perfecto será implacable la censura de los malos y el lamento de los buenos. El

representante de Cristo y dueño de sus poderes necesita ser más que un ángel en carne humana y para ser digno debe portarse de modo que se vea a Cristo a través de sus palabras, de sus obras, de sus virtudes.

Monseñor Carrasquilla fue sacerdote digno en cuanto es dado a un sér humano.

Más que el simple sacerdote, el párroco es el padre: él recibe a los niños para darles el derecho al reino de Dios; el bendice el amor; el abre el cielo al moribundo; es el guardián de la familia cristiana, el confidente de las almas, el que tiende la mano al pecador para que se levante y busca a la oveja perdida: es el pastor. Por eso es tan triste ver la sublimidad de esta misión oscurecida por el interés o manchada por la política transitoria.

A él se le vio como humilde párroco de aldea en Hatoviejo y luégo en la vetusta ermita de Egipto y por último en la iglesia de San Carlos dispensando la mansedumbre de su celo y la sabiduría de su consejo y de su enseñanza.

Pero no se limitó a esto su acción sacerdotal, la que ejerció de una manera trascendental como educador del clero. Su clase era el complemento de la formación sacerdotal; su palabra llenaba los corazones de los futuros sacerdotes con los gérmenes de virtud que después iban a derramar por doquiera. Allí enseñaba, allí educaba, allí modelaba las almas transformándolas de almas buenas en almas de sacerdotes y de apóstoles.

La grandeza produce en las almas nobles estima y emulación, causa de todo lo grande. y en los viles envidia, causa de toda pequeñez y bajeza. Las almas grandes necesitan del sacrificio y del martirio y él lo tuvo en abundante cosecha de espinas, para que ahora su corona de gloria se completara con la palma.

Dedicó toda su vida y sus excelsas dotes a sembrar

la buena semilla en el vastísimo campo que le señaló el Padre. La cosecha es rica y abundante; lo demuestran por todas partes los letrados, estadistas, jurisperitos y sacerdotes que son su gloria y su corona.

Nos falta en estos días de pequeñez el que supo ser grande, en estos días de lucro y dinerismo el que fue sabio y murió pobre. «Los días del hombre pasan como el heno pero la verdad permanece para siempre». Como él no sirvió sino a la verdad por eso le sobrevive su obra y su palabra sigue haciendo el bien.

La muerte, mensajera sin igual de la justicia de Dios y de sus misericordias, nos da pavorosas enseñanzas; esa que unas veces abate a los soberbios para entregarlos al eterno castigo, y otras viene a rasgar los velos de la eterna luz para conducir allí a los buenos, ha venido hoy, y se acercó al maestro querido y respetuosamente lo besó sin causarle dolor ni amargura y entregó su memoria a la veneración de los hombres, su nombre a la gloria, sus virtudes a la admiración universal y su alma a Dios que la creó y cuyo reflejo portentoso era. A él no se atrevió a lastimarlo, prefirió herir con inusitada crueldad el corazón de millares de hijos.

La Iglesia está de luto, lloran sus campanas. La patria está de luto porque le falta un descendiente de sus héroes, un hijo que le supo dar toda gloria y formarle legiones de servidores.

Descanse en paz junto a Fray Cristóbal, cuya grandeza igualó y, tal vez superó.

Nuestros corazones lloran sin más consuelo que el de saber que en los esplendores eternos está cosechando el fruto del trabajo cuya recompensa aquí no recibió.

De él se puede decir como de su maestro: que pasó haciendo el bien, y sabemos, porque lo dijo Jesucristo, que «El que practique y enseñe será llamado grande en el reino de los cielos».